



Juan Valera

# **Concepto progresivo del nuevo mundo**

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

**Juan Valera**

## **Concepto progresivo del nuevo mundo**

Si prescindimos de lo sobrenatural y religioso, no hay en la Historia hecho de mayor importancia que el descubrimiento de América. Pocos parecen, pues, todos los esplendores, pompas magníficas, erección de monumento y publicación de libros en verso y prosa para conmemorar este hecho y ensalzar al gran navegante. Pero conviene advertir que tanta gloria nace principalmente de la idea cabal, del claro concepto que hoy tenemos del Nuevo Mundo; concepto que ha tardado siglos en formarse, y que durante la vida de Colón, y aun después, en todo el primer tercio del siglo XVI, o no había nacido, o aparecía ora en confuso bosquejo, ora equivocado, no sólo en los entendimientos vulgares, sino en la mente de los doctos.

El americano Juan Fiske, en la obra que publicó hace poco sobre el descubrimiento de América, expone con tal claridad el lento desarrollo de ese concepto, que consideramos utilísimo extractar aquí algo de lo que dice. Quien nos lea, si acertamos a extractarlo bien, no proyectará anacrónicamente, sus conocimientos del día sobre el pensar de los hombres que vivieron a fines del siglo XV y en el primer tercio del siglo XVI, y tasará en su justo valor el aprecio que ellos hicieron entonces de Colón, muy inferior por fuerza al que de él hacemos ahora.

Colón, presupuesta la redondez de la Tierra, intentó, navegando hacia Occidente, llegar al extremo oriental del Asia, y esto fue lo que él creyó y esto lo que creyeron sus contemporáneos que había conseguido. La noción distinta de haber descubierto un continente grandísimo, separado de Asia por otro Océano mayor que el Atlántico, no entró en el cerebro del glorioso genovés, ni entró tampoco en los cerebros de los geógrafos de Europa hasta después que Balboa, Magallanes y Elcano dieron cima a sus empresas y fueron éstas divulgadas y comprendidas.

De los primeros viajes de Colón sólo se dedujo que, yendo el almirante hacia el Oeste, había llegado cerca de la China; pero aun así, fueron extraordinarios el asombro y la emulación que su hazaña inspiró a los entendidos.

En 1496, los pilotos venecianos Juan Cabot y sus hijos, ansiosos de seguir las huellas de Colón y de competir con él, se pusieron al servicio del rey de Inglaterra, Enrique VII; y en 1497, a lo que parece con un solo barco, llegaron a las costas de la América del Norte, que pensaron ser territorio del gran Kan de Tartaria. En 1498 hicieron los Cabotos nueva expedición, en seis barcos de Bristol, y exploraron larga extensión de costas americanas, pero sin sospechar que fueran de otro continente que el asiático. En España se tuvo al punto completa noticia de todo ello por nuestro embajador en Londres, y ya en el mapa de Juan de la Cosa se ven delineadas y marcadas las tierras descubiertas por los ingleses y señaladas con la bandera de ellos.

El egregio poeta italiano Leopardi dice que, descubierto el mundo, no crece, sino se disminuye, lo cual es evidente para el alma afectiva; para la imaginación y el sentimiento que no reflexionan. Lo indeterminado, lo vago, lo incógnito, tiene visos y apariencias de

infinito o al menos de inmenso para las mencionadas facultades del alma, que puede llenarlo y lo llenan de quimeras, monstruos y maravillas; pero, mirado sólo el concepto racional de las cosas, el planeta en que vivimos ha venido a ser doble mayor después de descubierto que antes.

Así como la fantasía peca a menudo de audaz, la razón suele pecar de tímida, pensando y prevaleciendo sobre ella lo que se llama sentido vulgar o común e invalidando sus más hábiles discursos y sutiles atisbos. A pesar de los versos de Séneca, tantas veces citados, y a pesar de un pasaje menos conocido de Estrabón, donde se afirma casi que hay otro mundo habitado en este planeta, los hombres, aun después de descubrir ese otro mundo, aportar a él y poner en él la planta, estuvieron años sin caer en la cuenta de lo que era: de que era un Mundo nuevo para ellos. El raciocinio y la conjetura de Estrabón se admiran hoy como la más extraordinaria anticipación de la verdad moderna que hay en todos los antiguos libros griegos y latinos; pero entonces, aunque comprobada ya la verdad por la experiencia y por el testimonio de los sentidos, o no se dio crédito a dicha conjetura, o no se pensó en ella. Aseguraba Estrabón que la total longitud del mundo habitado venía a ser sólo, aproximadamente, la tercera parte de la circunferencia de la Tierra en la zona templada, y que, por tanto, era probable que en los otros dos tercios hubiese otro u otros mundos, de los cuales, y de las castas de hombres que los poblaban, ni podía él ni le incumbía dar noticia.

Sin hacer, pues, caso de Estrabón, se creyó que las costas del continente descubiertas y visitadas por los Cabotos eran parte del Asia, o porque los hombres se figuraban más extensa esta parte del mundo, o porque se figuraban más pequeño al globo terráqueo o por ambas infundadas razones.

Como quiera que fuese, el rey don Manuel de Portugal, al ver el buen éxito de Colón y de los Cabotos, sintió también el estímulo de descubrir tierras, navegando hacia el ocaso, y en los años 1500 y 1502 envió a los hermanos Gaspar y Miguel Corterreal, los cuales hicieron varios viajes. Gaspar se perdió y no reapareció nunca. Miguel volvió del tercer viaje, que hizo solo, en busca de su hermano, después de visitar a Terranova y llegar hasta Groenlandia, de donde trajo osos blancos y *hombres silvestres*. Alberto Cantino, agente en Lisboa del duque de Ferrara, Hércules de Este envió entonces a dicho príncipe una relación de los nuevos descubrimientos y un primoroso mapa, que los representaba, y que aún se conserva en Módena, en la Biblioteca Estense. En él se ve delineada con claridad la Groenlandia, y harto cerca de Europa, al fin, sin duda, de que caiga hacia el Oriente del meridiano de Alejandro VI, y que pueda ser de los portugueses la tierra descubierta por los Corterreales. Esta tierra hubo de llamarse pronto de Bacalaos, porque desde 1504 acudían allí a la pesca normandos, bretones, portugueses y vascos. Todo esto parecía ya, y era, relativamente fácil, después del triunfo científico de primer orden alcanzado por Cristóbal Colón; después que, sin ir costeando, se atrevió a surcar y surcó el Mar Tenebroso; y después que, según dice Fiske, adoptando la anécdota tradicional, el genovés puso *el huevo de punta*.

Sin embargo, las exploraciones hacia el Norte no podían ni remotamente formar el concepto de lo que hoy entendemos por América. La generalidad de los hombres de entonces se representaba lo recién descubierto de esta suerte: Groenlandia, como la región más boreal; al Sur, Terranova o Tierra de los Bacalaos; más allá, el país de Gog y de Magog, separado de Terranova por vastas soledades; y al Sur de estas soledades vastas, el Catay, el Tibet y la India.

Colón, a pesar de sus atrevidas y prodigiosas navegaciones, y sus imitadores los Cabotos y los Corterreales, no habían, pues, según la opinión general, descubierto un Nuevo Mundo;

sólo habían logrado llegar al antiguo por el lado más desconocido y remoto. La idea del Nuevo Mundo empezó a concebirse más tarde, y se puso, no en el hemisferio occidental, sino en el austral, en su mayor parte al sur del Ecuador y dilatándose mucho más allá del trópico de Capricornio.

Un caso fortuito vino a dar los indicios, a cuya luz apareció la idea de este primer imaginado Nuevo Mundo. Pedro Álvarez Cabral zarpó de Lisboa el 9 de marzo de 1500, al frente de una flota de trece naves, con dirección a la India, para continuar la obra de Gama. Recios vientos contrarios impulsaron las naves, y Cabral arribó a la costa del Brasil. En el mes de mayo de aquel año tomó posesión de la tierra descubierta, en Porto Seguro (16 grados 30 minutos al sur), y volvió a navegar para la India, no sin enviar antes a Lisboa a Gaspar de Lemos, en una de sus naves, a que diese cuenta de su casual descubrimiento.

Lo que descubrió Cabral hubo de llamarse Tierra de los Papagayos o Tierra de Santa Cruz, si bien puede afirmarse que no la descubrió Cabral, ya que poco antes, Vicente Yáñez Pinzón, en compañía de Ojeda y de Juan de la Cosa, había arribado a las costas brasílicas. En 1493 llegó Pinzón hasta cerca de Pernambuco, 8 grados al sur del Ecuador.

Retrocediendo luego hacia el Norte, cruzó la Línea y se maravilló de hallar casi potable el agua del mar. Era la desembocadura del Amazonas, el mayor río del mundo, que tiene cuarenta leguas de ancho al volcarse en el océano. Pinzón volvió a España en septiembre de 1500.

A poco, Diego de Lepe estuvo también en el Brasil, con dos carabelas; dobló el cabo de San Roque y reconoció la costa hasta los 10 grados de latitud Sur.

Los descubrimientos de Cabral, Pinzón y Lepe estimularon al rey de Portugal. Don Manuel el *Dichoso* envió una expedición a reconocer aquellas costas, al mando de Américo Vesputio, que se había puesto a su servicio después de haber estado al Este de España.

En este viaje, avanzando Américo hacia el Sur, descubrió el 1 de noviembre de 1501 una gran bahía, que llamó Bahía de Todos los Santos. Avanzó más, y el día de Año Nuevo de 1502 entró en otra bahía mayor aún, que llamó Río de Janeiro, donde se fundó más tarde la hermosa capital del Imperio brasileño, hoy República. Y, por última, siguiendo siempre hacia el Sur, llegó Américo hasta el cabo de Santa María.

Desde allí, no se comprende bien por qué razón, tal vez por encontrarse al Oeste del Meridiano de Alejandro VI, y por consiguiente en tierra, que no había de pertenecer a Portugal, sino a Castilla, Américo navegó con rumbo al Sudeste y aportó a la isla de Su-Georgia, a los 54 grados de latitud austral. Entonces retrocedió para Lisboa, adonde, deteniéndose en Sierra Leona y en las Azores, llegó el 7 de septiembre de 1502.

En toda Europa no pudo menos de darse gran valer a este viaje de Américo. Había descrito, navegando, un arco de 93 grados, más de la cuarta parte de la circunferencia de nuestro globo. Había perdido de vista, no sólo la Estrella Polar, sino también la Osa Mayor, el Cisne y otras constelaciones que se ven en Lisboa. Y no pudiendo creer que aquella costa de extensión continental pudiera ser parte de Asia, concibió la idea de que era un nuevo mundo, desconocido de los antiguos, a no ser que fuese la *Tierra incógnita* de Ptolomeo o los antichtones de Mela. Derecho tenía, pues, Américo a llamar a esas tierras Nuevo Mundo. Al usar de dicha expresión no pensó en La Florida, que él había visitado en su primer viaje, ni en las islas de la India, que Colón había descubierto, ni en la costa de las Perlas, que el Almirante y él después habían explorado. Américo, en su carta a Lorenzo de Médicis, para justificar el nombre de Nuevo Mundo que da a lo que acaba de descubrir, dice de esta suerte:

«Días pasados te escribí con bastante extensión de mi vuelta a aquellas regiones, que en barcos, a expensas y por orden del serenísimo rey de Portugal, he buscado y explorado. Las cuales es lícito que sean llamadas Nuevo Mundo, ya que los antiguos no tuvieron conocimiento de ellas y a todo el que oye hablar de este asunto le parece nuevo. Porque va más allá de las ideas de los antiguos, la mayor parte de los cuales dijo que al Sur de la Equinoccial no había continente, sino sólo el mar Atlántico, y si alguien afirmó que hubiera continente, negó con muchas razones que fuera tierra habitable. Pero que la opinión de ellos es falsa y aun contraria de todo punto a la verdad, esta última navegación mía ha venido a declararlo, ya que en aquellas partes meridionales he hallado un continente habitado de más diversos pueblos y animales que nuestra Europa y que Asia y África, y asimismo de aire más templado y ameno que toda otra región por nosotros conocida...»

La carta de Américo, no exenta de jactancia, aunque hartamente excusable, fue traducida al latín, publicada en 1504 con el título de *Mundus novus*, y admirada y celebrada por todos los sabios de Europa. Fue el traductor Juan Giocondo de Verona, eminente matemático, primer editor de Vitrubio; tan famoso y acreditado arquitecto que se le confió la edificación de San Pedro en Roma, entre Bramante y Miguel Ángel, Giocondo vivía entonces en París, empleado en construir el puente de Nuestra Señora, que aún subsiste. De los millares de personas que pasan de diario por dicho puente, ¿quién pensará en asociarlo con el nombre de Américo? Y, sin embargo, bien se puede afirmar que a su constructor se debe que América se llame así. Apenas se publicó el *Mundus novus*, opúsculo de cuatro páginas, su éxito fue prodigioso. En 1504 se hicieron once ediciones latinas. En 1506, ocho de la traducción alemana.

Si al sabio Giocondo hubieran preguntado entonces qué pensaba de Colón y de Vesputio, ambos a la sazón otra vez en América, Giocondo sin duda hubiera contestado que Colón, navegando hacia Occidente, había llegado a la costa oriental de Asia, y que Vesputio había descubierto un nuevo mundo habitado, que se extendía por la zona templada del hemisferio austral. No se le hubiera ocurrido que la gloria del segundo navegante compitiera con la del primero ni propendiese a desacreditarla. El mismo Colón no pensó o no pudo pensar que Américo compitiera con él, porque acaso no pensó en toda su vida que él había descubierto un Nuevo Mundo, según ahora lo entendemos.

El famoso dístico

*Por Castilla y por León,  
nuevo mundo halló Colón,*

o bien con variantes:

*A Castilla y a León,  
nuevo mundo dio Colón,*

hubo de componerse mucho después de la muerte del Almirante, cuando la gente acabó de enterarse de que Colón había, en efecto, descubierto un Nuevo Mundo.

A lo que parece, no hay prueba histórica de que los Reyes Católicos diesen a Colón dicho dístico, obra piadosa probablemente del amor filial. Fiske sostiene que ni Pedro Mártir, ni Las Casas, ni el Cura de Los Palacios, hablan de semejante lema, y que los primeros que lo traen son Oviedo y don Fernando Colón, en 1535 y 1537, cuando ya se sabía de fijo que Colón había descubierto un verdadero Nuevo Mundo, un inmenso continente que se extiende entre el Atlántico y el Pacífico, desde Groenlandia hasta más allá del estrecho de Magallanes.

Colón murió sin saber esto, en Valladolid, en 1506.

Américo, entre tanto, entendiéndolo a su manera, había dicho, desde 1503, que él había descubierto un Nuevo Mundo. Así llamó a las regiones exploradas por él en su tercer viaje *quasque Novum Mundum appellare licet*.

Con estas ideas y con el folletito *Mundus novus* se vino a creer que la Tierra de Santa Cruz era una grandísima isla al Sudeste de Asia, algo parecido a Australia, tal como ahora se muestra en los mapas. Así es como en el del mundo, que dio Juan Ruysch en la edición de Ptolomeo, publicada en Roma en 1508, aparece dicha Tierra de Santa Cruz, si bien indeterminados aún sus límites por el Sur y el Oeste. Entre tanto, las islas descubiertas por Colón se ven más hacia el Noroeste, no muy lejos ya de las costas del Asia. Allí se ven también aquellas regiones descritas por Marco Polo y por otros viajeros de la Edad Media, adonde Colón ansiaba llegar en su cuarto viaje. Allí el Catay, el Tibet y Mangui; las ciudades de Quinsay y de Zaitún; y más hacia el Sur, Java, Caudín, Ceilán, la península de Malaca, y luego las islas de las especias y los codiciados países del Indostán, adonde Gama había llegado ya por opuesto camino.

Si este viaje de Gama había sido promovido en cierto modo por la emulación que infundieron los primeros viajes de Colón en los portugueses, los cuales quisieron aportar, como aportaron, antes que nosotros a la India, el cuarto viaje de Colón fue a su vez promovido por el de Gama. Con Gama fue la competencia de Colón, y no con Américo Vesputio.

El llamado globo de Lenox, de autor desconocido, pero que se supone construido en 1510 ó 1511, expresa el mismo o parecido concepto que el mapa de Juan Ruysch, salvo que las islas descubiertas por Colón están en él más lejos de Asia, interponiéndose mayor espacio de mar y el Japón o Cipango, isla que aparece al norte del Nuevo Mundo. Entre éste, que se dilata hacia el Sur, casi hasta el círculo polar, y la dicha isla de Cipango, no lejos del trópico de Cáncer, figura un estrecho, tal vez el que Colón buscaba en su cuarto viaje, si es que buscaba alguno y si no era el que hay entre Sumatra y Malaca.

Como mi intento es dar sólo aquí una somera noticia del progresivo concepto que se fue formando del Nuevo Mundo, extractando lo que trae sobre este punto el libro de Juan Fiske, dejo de tratar de la defensa que hace de Américo, sosteniendo que éste no quiso robar a Colón su gloria ni hacer creer por medio de una falsía que antes de Colón había visitado la costa de Paria. El error consistió, a lo que parece, en que el traductor al latín de la carta de Américo a Soderini escribió Paria en vez de Lariab, que fue el punto que visitó Vesputio en su primer viaje con Vicente Yáñez Pinzón y Solís. Varnhagen y Fiske calculan que Lariab estaba cerca de Tampico. Ambos describen dicho viaje, de cuya realidad tiran a probar que se dudó de él sin fundamento, o que se le ha asignado fecha de seis u ocho años más antigua. Dicen que llegaron desde Canarias al cabo Gracia de Dios; desde allí navegaron más de ochocientas leguas, costeando siempre por el golfo de Honduras, el Yucatán, golfo de Méjico, dando luego la vuelta a La Florida y subiendo hacia el Norte hasta la bahía de Chesapeake, desde donde fueron a las Bermudas y desde allí a España.

Si todo eso fuese exacto, resultaría que Solís y Pinzón, y el mismo Vesputio, si bien como pasajero y curioso y no mandando nave alguna, visitarían antes de Colón, y en muchísima más extensión, las costas del continente americano. Este primer viaje de Vesputio fue desde 10 de mayo de 1497 a 15 de octubre de 1498, y el tercero de Colón, en que tocó en Trinidad, visitó el golfo de Paria y llegó hasta Cobagua, fue desde 30 de mayo de 1498 a 25 de noviembre de 1500.

Advierto de nuevo, para completo descargo de mi conciencia, que yo sólo trato del concepto que los sabios, y, como decimos ahora, el público ilustratro de Europa, iban

formando del Nuevo Mundo. Acerca de la falsedad o verdad de los hechos por donde este concepto se creaba, se transformaba y crecía, no hago más que extractar a Fiske. El impugnarlo o aprobarlo quede para plumas más hábiles y para sujetos de suficiente erudición o de diligencia en buscar datos.

A mí no me toca dilucidar si el tercer viaje de Américo, hecho por orden y a expensas del rey de Portugal, fue o no, en todo o en parte, un audaz y portentoso tejido de embustes. Baste saber que creyeron en él los contemporáneos de Américo y que en él fundaron su concepto del Nuevo Mundo.

Vivía, en aquel tiempo, un duque de Lorena, llamado René, rey titular de Jerusalén y de Sicilia, aficionadísimo a las letras y a las artes y gran protector de ellas; residía el duque en la pequeña ciudad de Saint-Dié, de la que hizo o quiso hacer nueva Atenas. Había en la ciudad un colegio, donde enseñaron o aprendieron muchas personas doctas. Allí, hacia el año 1410, había escrito el cardenal Pedro d'Ailly su *Imago mundi*, que influyó tanto en los pensamientos de Colón. Y allí, a principios del siglo XVI, florecían, atraídos por la generosidad del duque, y dando esplendor a su corte, no pocos poetas, literatos y eruditos, entre los que descollaba Gualdero Lud, secretario del duque, que estableció en Saint-Dié una imprenta. Aumentaban el esplendor de aquella corte dos brillantísimos jóvenes. Era uno el ingenioso y elegante poeta y humanista Ringmann, y se llamaba el otro Martín Waldseemüller, profesor de Geografía, de veintitrés años.

Ringmann, que había vivido en París, y es probable que fuese amigo de Giocondo, tenía gran admiración por Vespucio, a causa de su carta de Lorenzo de Médicis.

Ocurrió en esto que la nueva carta de Américo, dirigida a Soderini, llegó a manos del duque René, en su traducción francesa. El canónigo Juan Basin de Sandacour la tradujo entonces al latín, y, a lo que parece, él fue quien cometió el error de trocaren Paria la palabra Lariab, dando ocasión a que se acusase a Vespucio de impostor, en nuestros días, y de que había querido arrebatarse a Colón la gloria de haber estado en Paria antes que nadie.

Sandacour hizo además otro cambio. Sin duda, halló más fino y más lisonjero que Américo, en vez de dirigirse a Soderini, se dirigiese al duque René, y en su traducción así lo puso. Américo, entre tanto, después de haber dejado el servicio del rey de Portugal y después de su cuarto viaje con Ojeda y Juan de la Cosa, estaba en Sevilla, visitando a su amigo Colón, y de seguro muy ajeno de que en la corte de un duque, a quien acaso no había oído mentar, se tramaban contra él o en favor de él tales cosas, que harían eterno su nombre, dándosele a un mundo, y le harían blanco de la ira y de las injurias de los ultracolombianos, que le tildarían de usurpador y de impostor en las futuras edades.

Ringmann y Waldseemüller tenían el proyecto de hacer una edición de Ptolomeo, y como preliminar escribió Waldseemüller un tratadito, titulado *Cosmographie Introductio*, al que añadió la traducción latina de lo escrito por Vespucio y algunos versos de Ringmann en alabanza del gran navegante de Florencia. Este librito, publicado en Saint-Dié, el 25 de abril de 1507, se ha hecho tan raro y tan codiciado de los bibliófilos, que en 1884 hubo quien diese por un ejemplar setecientos cincuenta pesos fuertes.

En esta obrilla es donde por primera vez se propone que el Nuevo Mundo, la *Ora antarctica*, la recién descubierta *quarta pars*, se llame América. Después de hablar de Europa, Asia y África, dice Waldseemüller: *quarta pars per Americum Vesputium inventa est, quam non video cur quis jure vetet ab Americo inventore, sagacis ingenii viro, Amerigen quasi Americi terram, sive Americam, dicendam.*

En efecto: el nombre de América ha prevalecido, extendiéndose con los años a todo aquel gran continente, pero aplicándose sólo, en un principio, a una parte de la América

Meridional, fantásticamente aislada, como Australia. Por lo pronto, esto es, durante el primer tercio del siglo XVI, la América del Norte siguió siendo Asia, China y el Anahuac eran países limítrofes, y Temisteta, Tenochtitlan o Méjico, eran respecto a Pekín lo que con respecto a París era Toledo.

Así, como en el mapa de Juan Ruysch, se ve esto en otro mapa, que se supone hecho en 1514, se atribuye a Leonardo de Vinci, y se custodia en el castillo de Windsor, biblioteca de la Reina Victoria.

En este mapa, el Nuevo Mundo está más apartado de Asia que en el de Ruysch; la Tierra de Bacalaos y La Florida aparecen como dos grandes islas al norte del Nuevo Mundo; y el Japón, que aquí se llama Zipugna, se interpone entre el Nuevo Mundo y Asia; pero lo más singular de este mapa es que en él se ve el Nuevo Mundo denominado ya América, como lo fue en el *Globus Mundi*, anónimo de Strasburgo, de 1509.

Tan arraigada estaba la ilusión de que la América del Norte era Asia, que Balboa, descubriendo el Pacífico, y Magallanes y Elcano, surcándolo, no bastaron a desvanecerla enseguida. Los activos marinos de aquella edad, singularmente los portugueses y españoles, se dieron tal prisa en revelar, viajando, los mares y las tierras que hasta entonces habían estado inexplorados y ocultos, que los sabios de Europa tardaron mucho menos tiempo en comprender lo que ellos hacían, que ellos en hacer lo que hicieron. Fue a modo de una portentosa epopeya o estupendo drama, escrito y representado tan a escape, que sus autores y actores apenas eran entendidos y seguidos por los espectadores más sabios y más inteligentes, por donde no se ha de extrañar que el aplauso justo, fundado en sana crítica y en la perfecta comprensión del asunto o argumento, tenga que darse al cabo de siglos.

Todavía, en 1531, fabricó Oroncio Fineo su famoso globo, donde la Tierra del Bacalao y La Florida no están lejos de China; donde Cambaluc y Temisteta distan poco, y donde toda Asia, combinada con Norteamérica, se une en Darien a la América Meridional (que se llama América) por un istmo que se ve algo al norte de la Equinoccial.

En suma: fue menester que pasasen bastantes años para que a los ojos de los hombres de Europa, aun los más doctos, se revelase el aislamiento remoto de Asia y del Nuevo Continente, y la enorme extensión de aquella tierra occidental antípoda, ignorada de los antiguos.

Esto causó un momentáneo eclipse en la gloria de Colón, olvidando o desatendiendo injustamente los hombres su fundamental hazaña, origen y condición de todos los descubrimientos ulteriores, la hazaña de ir el primero hacia el Occidente en busca del Extremo Oriente.

Cuando fray Bartolomé de las Casas volvió de las Indias a España, en 1547, al ver que dichas Indias se llamaban América, su indignación fue grande y no menor su enojo contra Américo Vespucio, que hoy parece probado no haber puesto en todo ello malicia, ni haber tenido propósito de agraviar a Colón, ni culpa alguna.

He extractado algo del interesante libro de Juan Fiske; pero aún queda mucho que extractar para que se complete la Historia del desarrollo del concepto de América. En esto, a mi ver, añade Fiske no poco al *Examen crítico* de Humboldt.

Con tiempo y reposo, tal vez escriba yo otro artículo, terminando el estudio y acabando de extractar lo que tan bien expone el historiador angloamericano. De esta suerte, yo lograría al menos excitar el interés y la curiosidad en favor del mencionado libro, acaso el mejor que se ha escrito y publicado hasta ahora, en países extranjeros, con ocasión del cuarto Centenario que todos celebramos.

El libro de Juan Fiske debiera traducirse en nuestro idioma, si bien con algunas enmiendas y notas correctivas.

No hay escritor de raza anglosajona, por ilustrado e imparcial que sea, que pueda prescindir de tratarnos mal a menudo, y de declamar contra nosotros en nombre de filantropías, mansedumbres, amabilidades y ternuras, que nosotros nos volvemos locos para hallar, ejercidas por los ingleses con las naciones inferiores en civilización que han subyugado, y no las descubrimos casi nunca.

Fuera de este sentimentalismo, falso y postizo, de que se arma Fiske para fustigarnos, lo cual no puede hacernos gracia, su libro nos parece tan instructivo como claro y ameno, digno por mil razones de que se lea y se elogie en España.

---

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).

